

Armando Bazán

Introducción a la biografía de J. C. Mariátegui



MARIATEGUI nació el año 1895, o sea cuando en la política peruana actuaban tres figuras de primera fila: el general Cáceres, en la presidencia de la República, Nicolás de Piérola y Manuel González Prada, cada uno por su lado y a su manera, en la oposición.

Cáceres era una hechura de la guerra con Chile. Representaba al héroe de la obstinada defensa nacional a pesar de la derrota y la impotencia. Con esos títulos de gloria y con el apoyo del ejército, había desempeñado ya una vez las funciones de presidente hasta el año 1884, fecha en que entregó el poder a Morales Bermudes. La muerte de éste antes de que terminara su mandato, despertó en Cáceres la ambición de volver al poder. En poco tiempo desplazó a Romaña sucesor accidental del presidente fallecido, y se adueñó de la primera magistratura del Estado.

Este hecho significaba el entronizamiento del militarismo, desgracia nacional que parecía haber termi-

nado pocos años antes de la guerra con Chile cuando el partido civilista llegó al poder. El hecho provocó una profunda reacción nacional que abarcó a todas las clases sociales y que logró desalojar, después de una guerra civil, al militarismo. Le tocó a Nicolás de Piérola ser el abnegado agitador, el guía inteligente de ese movimiento.

Piérola, había sido ya, también, presidente el año 1879, en momentos en que la nación atravesaba por uno de sus trances más difíciles, o sea cuando Prado, el presidente civilista, abandonó el poder marchándose a Europa ante la eminencia del desastre en la contienda armada.

No era nada difícil prever esa derrota. Actuaban en ese sentido, profundas y remotas causas históricas. El Perú estaba con respecto a Chile en un atraso notable. La misma guerra de la Independencia había demostrado ya este hecho cuando fué necesaria la intervención, no sólo de guías y directores, sino de ejércitos extranjeros para lograr la victoria sobre los ejércitos realistas. Trataremos de buscar las causas de este atraso.

Es un hecho evidente que la conquista española en nuestro continente implicó el establecimiento de formas medievales de producción, desde tierras de México hasta la Argentina, pasando por el Perú. Pero los factores de orden administrativo, geográfico, regional y hasta de inmigración, determinaron notables diferencias entre los distintos países sudamericanos.

La inmigración que vino a radicarse en el Perú provenía, en su inmensa mayoría, de Andalucía y Extremadura, provincias trabajadas secularmente por la influencia y la acción directa de los árabes, por el clima suave y por el paisaje luminoso del Mediterráneo. Inmigración de gentes cuya actitud ante la vida está fuertemente coloreada por una filosofía fatalista, no exenta de refinada sensualidad, y por un sentido agudísimo del arte en todas sus formas. Vino a Chile, en cambio, una inmigración que tenía muchos elementos del Norte español: de Vizcaya principalmente. Y el vasco a quien no tocó la influencia del Islam es un hombre polarmente distinto del andaluz, que no tiene ni su sentido artístico ni su actitud contemplativa ante la vida. El vasco por el contrario, influído por los celtas y por los anglo-sajones es un hombre razonador, negociante, emprendedor más bien.

Aun en nuestros días modernos, los mejores poetas y las mejores bailarinas que deslumbran en Madrid, vienen de las tierras de García Lorca, Rafael Alberti y Pastora Imperio; en cambio, los mejores razonadores, los mejores banqueros, los mejores futbolistas vienen del País de Unamuno, Chapaprieta y Uscudum.

Eran dos elementos distintos de inmigración pues, los que vinieron a Chile y al Perú. Pero la cuestión se agrava además, por el hecho de que, al ser el Perú el centro del Virreinato, era natural que toda la nobleza se agrupara allí; la nobleza compuesta en su inmensa mayoría de latifundistas acostumbrada desde la

España Medieval a disfrutar de inmensos dominios y de centenares de esclavos que les deparaban casi sin saber cómo, una vida de sensualidad y de molicie. El feudalismo enraizó, pues, en el Perú con una fuerza poderosa como no lo hizo acaso en ninguna otra región americana. Así, la consumación de la independencia no significó, para el Perú muy señaladamente, otra cosa que el desgajamiento de la nobleza española aclimatada bien o mal en nuestros suelos. Por eso, cuando después de medio siglo surgió la contienda armada entre las dos flamantes repúblicas del Pacífico podía observarse con entera claridad que los descendientes inmigrantes del vasco (Errázuriz, Irarrázaval, Echeverría, Aldunate, Lecaros, etc.), habían empujado a Chile por los caminos del capitalismo, la industrialización, hecho que en definitiva es lo que en la época contemporánea establece la superioridad de los pueblos mientras que en el Perú la inmigración sureña con su nobleza medieval (Riva Agüero, Vivanco, Aliaga, Pardo, La Torre), no había hecho más que aferrarse a sus privilegios manteniendo al país en una atmósfera medieval con sus grandes latifundios y sus millones de indios analfabetos y esclavizados, sin la menor idea o con una idea plural de la nacionalidad.

Los resultados de una guerra entre estos dos países eran pues fácilmente previsibles. Por lo menos para la oligarquía peruana que se puso al margen del poder para no aparecer cargada con las responsabilidades del desastre inevitable.

Esa fué la coyuntura favorable sin la cual Piérola, un candidato sostenido por las capas populares y que representaba una fuerza antagónica a la oligarquía, no habría podido llegar nunca a la primera magistratura del Estado.

Había necesidad de ser un patriota fervoroso, un optimista exaltado para poder pensar allí, en un resultado favorable en el conflicto armado. Resultó que Piérola lo era, tenía que serlo, pues se trataba de un descendiente de aristocracia caída en la clase media (compuesta en su inmensa mayoría por mestizos y criollos) las únicas que se sentían realmente vinculadas al suelo y al destino de la patria, las únicas que con el incipiente proletariado tenían una conciencia firme de la nacionalidad.

Piérola había sido pues en esa ocasión presidente hasta el momento en que se vió consumado el desastre. Tuvo que abandonar el poder en completo desprestigio inculpado violentamente por la oligarquía que quería aparecer con las manos lavadas, censurado ásperamente por quienes sentía con más agudeza el dolor de la pérdida y cuyo vocero autorizado e implacable era Manuel González Prada.

Como había sucedido ya en otras ocasiones de crisis nacional, fué el militarismo quien se adueñó del poder. Al comienzo de estas líneas hemos hablado ya de ese instante. El general Cáceres en la presidencia de la República, Morales Bermudes y Cáceres otra vez. El militarismo y por último la reacción popular.

¿Qué figura podía oponerse al militarismo? El momento no era aún propicio para ningún personaje civilista. Quedaban Piérola y González Prada. Pero Piérola había actuado ya en la presidencia y, a pesar de su primer fracaso, aparecía ante la imaginación popular con una aureola de hombre patriota y valeroso. Al ser ministro de hacienda antes del 89, había dado pruebas de extraordinaria capacidad financiera y había luchado abiertamente contra los consignatarios civilistas que se hacían millonarios de la noche a la mañana a expensas del Estado. Todo el mundo conocía además su proeza espectacular cuando dirigió personalmente el combate de un buque peruano contra los buques ingleses en defensa del honor nacional. Y su otra proeza no menos espectacular cuando pudo escapar de las prisiones de Cáceres. Era pues el hombre indicado para ese momento. La oligarquía flexible y astuta, como en todas partes, le brindó su apoyo.

En cambio González Prada se mostraba irreductible. Había acusado a Piérola y había acusado a Cáceres. Estaba en el camino de la oposición sistemática. Y será muy difícil que pueda salir de él en todos los días de su vida.

González Prada era también, como Piérola, un descendiente de aristócratas empobrecidos y un ex-seminarista. Antes del conflicto armado, vivía tranquilamente, dedicándose a los negocios, a la buena lectura y a la inspiración poética. El desastre nacional le hizo reaccionar violentamente, sacándole a las actividades de

la vida pública. Un hermoso discurso que pronunció en el Politeama, bastó para darle gran renombre. Sus primeros escritos tenían un ímpetu irresistible y le hicieron aparecer como el hombre guía que necesitaba la nación. Llegó a fundar uno y después otro partido político con un programa máximo de regeneración nacional. Pero esos partidos, en la misma forma que todas sus gestiones políticas posteriores se vieron condenadas al fracaso. No hubo necesidad de que transcurrieran muchos años para que se viera claramente la falta de capacidad política de Prada. Carecía de muchas cualidades, quizá sea mejor decir condiciones de político. Es verdad que sabía ver al vuelo los errores y los defectos, y sabía, mejor aún, apostrofarlos; pero no sabía penetrar hasta el fondo de sus causas. Menos sabía aún remediarlos. Era como un médico que sólo supiera ver los síntomas pero que no supiera diagnosticar la enfermedad. No pudo nunca dar ninguna solución, ni poner en práctica ningún plan eficaz. A pesar de sus alardes de razonador—y a pesar de todo lo que se diga en contrario, Prada fué un terrible sentimental; sus versos, sus reacciones, su vida entera están allí probándolo con diafanidad (1). El romántico político, enamorado de un mundo irreal que exige tanto o más de lo que da. Hubiera querido que su país medieval se despojara en dos días de sus costras seculares para ponerse a la altura de los grandes países occidentales tra-

(1) Léase la «Biografía de don Manuel», por Luis Alberto Sánchez.

bajados por formidables experiencias históricas de siglos. No sabía que diez, veinte o cien años son un fugaz minuto cuando se trata de la historia humana. Ni sabía que hay momentos en que los pueblos aparecen no sólo marcando el paso en el mismo sitio sino retrocediendo en la perspectiva del progreso, para después lanzarse irresistiblemente hacia adelante. Para él los civilistas Cáceres y Piérola eran la misma cosa. Tal panorama le mantenía en constante indignación y escribir sus célebres panfletos en los que la realidad nacional aparecía condenada a la muerte sin remedio: «Nuestros militares son unos vándalos, nuestros hombres públicos son unos ventrales, nuestros periodistas son unos venales rastacueros, nuestros partidos políticos son bandas de ineptos arribistas, etc.». No tenía ninguna de las condiciones del político, del hombre que trabaja con los elementos que tiene a su alcance y que exige de la realidad el máximo, el ciento por ciento, pero que en un instante dado se conforma con lo que ella le dé, con un cincuenta por ciento, y hasta con nada si tiene la esperanza de tiempos y circunstancias mejores. No tenía nada del hombre que gobierna colectividades, que presiente el acontecimiento y le sale al paso con las manos listas para encausar sus consecuencias en un sentido favorable; del hombre en fin, que cala hasta el fondo mismo de los hombres, se apodera de sus resortes psíquicos, los maneja y sabe sacar de ellos el mejor provecho posible. En un instante dado tuvo a su alrededor a los mejores elementos de la na-

ción: los más entusiastas, los más optimistas, los más jóvenes—como el quería—. Pero todos esos elementos fueron alejándose de él a medida que presentían o palpaban su incapacidad política (1). Esos «jóvenes» que querían actuar con la realidad nacional tuvieron toda la razón del mundo al hacerlo. Algunos le abandonaron para seguir a Piérola; otros, más tarde, para seguir a Leguía, dos hombres de un efectivo sentido práctico, dos financistas, dos realizadores que a pesar de sus errores y fracasos, empujaron al Perú por las vías del progreso.

Sin embargo, González Prada tiene, mirando desde otro ángulo, además de su alta calidad de artista, una importancia fundamental en el mismo plano de la política. Su pesimismo no tendía a evadirse hacia la inacción y la muerte; su pesimismo estaba penetrado de vitales esencias. Toda su vida, pero en cierto momento sobre todo, fué un rebelde impetuoso y valiente; fué un rebelde de acción. La mayoría de sus artículos y discursos pueden estar casi desprovistos de médula ideológica, pueden ser retórica a veces arrebatada, a veces preciosista, pero en cambio están cargados al máximo de ese fluído sentimental que arrastra a las masas y que suele transformarse, llegado el momento, en luz de faro para las juventudes generosas e idealistas. Esos discursos y artículos sirvieron para que algu-

(1) Entiéndase bien que sólo trato de interpretar y comprobar. Y esto no quiere decir que subestime los valores del precursor junto a los del político.

nos años más tarde, brotara en las nuevas generaciones peruanas un impulso que las hizo inclinarse irresistiblemente hacia las cuestiones sociales; y, en su propio tiempo, sirvieron, si no como orientación, por lo menos como estimulante, fueron el grito de alerta, el latigazo que saca de la depresión.

Sus apóstrofes contra Cáceres y el militarismo caldearon el ambiente nacional, agitaron a los mejores espíritus de la capital y de provincias y contribuyeron en esta forma al desencadenamiento de una de las más grandes y trascendentales luchas sociales que ha tenido el Perú.

El año 1895, la guerra civil generalizada en todo el país culmina con el derrocamiento de Cáceres y la ascensión de Piérola a la presidencia.

Esa vez todo se hizo a tiro de fusil, a sangre y fuego. Y en medio de esas descargas y esos choques de una agitación nacional que forcejeaba en busca de sus mejores destinos, nació José Carlos Mariátegui.